

LA LECTURA POPULAR

PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

EN SERIO.

No todo han de ser bromas ni cuentos.

Hay dias en que es preciso tomar la pluma y escribir con tinta negra, muy negra, y además mezclada con lágrimas.

Tanto se aflige el espíritu ante el cuadro que nos rodea.

¡Qué cuadro. Dios mio!

Desolaciones sin nombre á impulso de todos los elementos; rios que se desbordan sembrando la miseria; sacudidas de la tierra que parece querernos lanzar de su superficie; pestes producidas por animalejos inverosímiles, que reunidos en inmenso ejército no podrian mover un cabello, y que uno solo puede destruir un pueblo.

Por otra parte odios mortales; revoluciones sobre revoluciones; asociaciones tenebrosas cuyo lema es una locura, la locura de la destruccion.

Y al mismo tiempo hambre, mucha hambre; sed, mucha sed. Hambre y sed de sangre, de oro, de gloria, de placeres.

Y en realidad ni un bocado de pan.

Ni siquiera trabajo para ganarlo.

¿Qué es esto Señor? ¿De dónde tanta contradiccion? ¿Dónde se engendra este mal que nos rodea? ¿Dónde habita el Ogra maldito que apaga su sed en nuestras lágrimas, y se alimenta de nuestros dolores?

¡Oh! yo lo diré; yo señalaré su guarida.

El nombre del Ogra, *Transgresion*.

Su guarida, nuestro propio pecho.

Aun lo diré de otro modo.

El nombre del Ogra, *Pecado*.

Su guarida, nuestro *Corazon*.

Al llegar aquí, oigo la carcajada de la ciencia incrédula, que con el microscopio en la mano, y señalando la serie de sus descubrimientos, se burla de mis palabras.

Mas ¿qué me importan sus burlas?

¿Qué me importan las burlas de esa esclava condenada al trabajo forzado de abrir los caminos de la fé?

A su pesar, volveré á repetirlo:

El nombre del Ogra, *Pecado*.

Su guarida, *nuestro corazon*.

¿Y os atrevéis, dirán algunos, á considerar como efecto del pecado hasta las catástrofes de la naturaleza?

Sí; hasta las catástrofes de la naturaleza; todos nuestros dolores; todas nuestras penas; hasta la muerte misma.

¿Os asustais, sabios racionalistas?

Pues bien, filósofos sublimes, probad á explicarme sin el *pecado* estos males que afligen al mundo.

Contestacion de uno.

Los males suceden porque deben suceder. El mundo es una evolucion infinita de la idea, que, partiendo de lo inconsciente, realiza su peregrinacion á traves del tiempo y del espacio.

Te has lucido.

Contestacion de otro.

Las catástrofes de la naturaleza no son más que el cumplimiento de sus leyes inmutables. Las desgracias ocurridas, por ejemplo, en los pueblos de Andalucía, no son sinó el resultado de unas cuantas oscilaciones producidas por el desequilibrio de las altas presiones interiores del globo. He aqui todo.

—He aqui nada, querrás decir, porque con eso no has dicho nada. Hablar de las leyes de la naturaleza para explicar á los

pobres andaluces los males que les afligen valdria tanto como hablarle al que van á ahorcar de la teoria del tornillo para explicarle la causa de su muerte.

—Morís, porque en virtud de las leyes mecánicas, la plancha *ekis* es empujada por la palanca *jota*, y la palanca *jota* es apretada por la rosca *hache*

—Pero ¿quién me apreta esa rosca?

Lo mismo podian decir los pobres andaluces.

Ya sabemos nosotros que, obedeciendo á una ley natural, cuando tiembla el suelo se caen las casas; y que, obedeciendo á otra ley, el suelo tiembla porque se dilatan algunos gases; y que la dilatacion de los gases, segun otra ley, puede ser efecto de un aumento de temperatura; y el aumento de temperatura efecto de súbitas combustiones; y las súbitas combustiones efecto de nuevas combinaciones químicas; y..... ¿qué más? Todo lo que queráis; nos es indiferente; lo admitimos todo; todo menos el absurdo de suponer que esa cadena de leyes no tenga un primer eslabon; es decir, una mano que apriete *la rosca*.

Sí; pobres andaluces, teneis razon: en la cadena de los males hay siempre un primer eslabon y por él viene el castigo.

El infeliz á quien ahorcan no muere á causa del tornillo que le oprime, ni del verdugo que maneja ese tornillo, ni del juez que manda á ese verdugo; sino del delito que obliga al juez á ordenar la muerte.

El delito es siempre el primer eslabon de la cadena de nuestros males.

Todas nuestras desdichas, todas nuestras penas, todos nuestros dolores, aunque parezca que inmediatamente vienen de otra parte, proceden siempre del pecado.

¿Y sabéis por qué?

Porque el pecado es siempre una injusticia, y la injusticia, como todo desequilibrio, trae siempre consecuencias.

¿Habeis visto lo que sucede en un lago cuando arrojaís en él una piedra? Las aguas se agitan formando círculos, y el oleaje llega hasta la orilla donde tal vez ahoga á los insectos que la recorren. ¿Qué ha sucedido? Que habeis roto el equilibrio en un solo punto, y sembrais la muerte por todas partes.

Pues esto que sucede en el mundo material ocurre, aunque de distinto modo, en el mundo moral. La justicia es el equilibrio de ese gran mundo; rompedlo por el pecado, y oireis como sueñan por todas partes los ecos del dolor; los ayes de las almas á quien sin notarlo vosotros llega más tarde ó más temprano el oleaje de vuestra iniquidad.

Robad la caja de un comerciante padre de familia: habreis cometido un delito rompiendo el equilibrio de la justicia; no tardareis en oír los lamentos de los hijos de aquel desgraciado que dejasteis sin educacion y sin pan; los de sus acreedores cuyos negocios perturbasteis; los de una serie de personas que enlazadas con él más ó menos directamente, sufren las consecuencias de vuestro pecado, haciendo á su vez sufrir á otros.

Lo repito; el mal es siempre producto de alguna injusticia próxima ó remota.

—Pero hombre, dirán algunos, ¿llegareis hasta suponer que la fiebre que padece un hijo mio nacido ayer, pueda ser hija de una injusticia cometida en la China hace cien años?

—Puede ser efecto de esa injusticia, aunque en realidad lo sea de otra. Figuráos que esa injusticia produjo una guerra; que esa guerra produjo una peste; y que esa peste dejó como otras muchas una reliquia endémica, cuyos miasmas vinieron á Europa. No necesitais más explicacion.

Es más, hasta los males producidos por los trastornos de la naturaleza se ven radicar en el pecado.

¡Oh! Si comprendiésemos el íntimo enlace que existe entre el mundo moral y el mundo físico, nos horrorizaríamos al tiempo de cometer la más pequeña falta. Tan claro veríamos la serie de sus negras consecuencias.

Entonces veríamos que la injusticia es siempre la semilla del mal; y que el mal no es más que su fruto.

Algunos no creerán esta doctrina, porque les parecerá descubrir á el origen del mal en meras casualidades, ignorancias, torpezas, errores, etc.

No hay tal cosa; si se estudiasen bien esas torpezas, esos errores, esas ignorancias, esas casualidades, se las vería proceder claramente de una injusticia. ¿Qué diré? hasta las injusticias se verían enlazadas unas á otras, y todas ellas procediendo de la primitiva y original.

Sí; es preciso decirlo claro, muy claro, ante este siglo de estúpida ignorancia; ante este siglo pedante que se burla de todo porque no profundiza nada. Los males de la humanidad son como un árbol inmenso, cuyas raíces están en el paraíso; en aquel paraíso donde se cometió la primera injusticia que rompió el equilibrio moral en que descansaba la felicidad del mundo.

Si tuviésemos capacidad y luz bastante para abarcar de una ojeada todas las ramas de ese árbol maldito, moriríamos de arrepentimiento al recuerdo de nuestras faltas.

Jesús lo contempló en la memorable oración del huerto y sudó sangre.

Era Hombre Dios para sufrir y para ver.

Si el que vé una iniquidad padece ¿cuánto padecería el que las vió todas juntas, reunidas como inmensa montaña?

¿Cuánto padecería el que vió á la mano del Omnipotente esprimir en el caliz de la salud la hiel de todas las amarguras y el vinagre de todos los dolores para preparar la bebida de la víctima que iba á sacrificarse por conciliar la justicia con el amor?

En el mar sin orillas del mundo moral se había roto el equilibrio al choque del pecado: solo el Justo podía conjurar el furor de la tormenta reconciliando al hombre con Dios.

Y la conjuró.

Su corazón, como roca solitaria, resistió el embite del oleaje.

Solo al amor infinito le era dado sufrir el rigor de la justicia infinita.

¡Oh, Cristo Jesús! ¿Y será posible que aun no descubramos en tu Sagrado Corazón el origen de nuestros bienes, y en el nuestro corrompido el origen de nuestros males?

¡Qué verdad digiste cuando agonizabas!

Perdónalos, Padre mío, que no saben lo que se hacen.

Sí, es verdad; no sabemos lo que nos hacemos al quebrantar el más pequeño de tus preceptos. No sabemos que con ello sembramos la semilla de nuestros propios males, de nuestras propias desdichas.

Y sin embargo, aun decimos que somos sabios.

¡Pobres de nosotros!

000

EL TRIGO DE SAN JOSÉ.

I

Los Reyes Magos habían salido de Belén, y, obedeciendo la indicación del ángel, tomaron diferente camino para volver á sus Estados.

La sagrada Familia aun permaneció algunos días en la ciudad de David. Llegado el tiempo de abandonarla, el venturoso Patriarca dijo á su virginal Esposa:

—María, mañana á la salida del sol podremos ya partir.

—Como quiera mi señor—respondió la Madre de Jesús, acariciando tiernamente al divino Infante, que en su regazo dormía con la sonrisa en los labios.

Aquella noche José apenas pudo conciliar el sueño. Enajenado de gozo considerábase de vuelta á su casita de Nazaret, rodeada de flores y verdor, y que se complacía oyendo balbucear al Niño-Dios sentado en las rodillas de su Madre.

—Levántate, José—dijo de repente una voz dulce pero llena de

autoridad.—Soy el ángel del Señor. Toma al Niño y á su Madre, y parte sin demora en dirección á Egipto, en donde permaneceréis los tres hasta que yo os avise. El rey Herodes anda en busca de Jesús para matarle.

—Presto estoy á cumplir vuestro mandato—responde con sumisión y reverencia el piadoso Patriarca.

Y sin pedir explicaciones, ni murmurar contra una disposición que le aleja bruscamente de su patria y de sus risueñas esperanzas para condenarlo al destierro, vístese al instante y comunica á su Esposa la orden del cielo.

María á su vez tampoco se lamenta, ni replica: «¿Por qué partir tan pronto? La noche todavía dista mucho de su término: aguardemos á lo ménos el primer crepúsculo de la aurora.» No: héla ya en pie, teniendo en sus brazos y estrechando amorosamente contra su seno, al dormido Jesús; como sabe que Dios todo lo dispone para nuestro mayor bien, se abandona confiadamente á su amorosa Providencia.

El descendiente del santo rey David apareja su humilde cabalgadura, sube á ella María con el Niño, y parten.

El viento silba por las desiertas calles; Belén, la antigua cuna de la familia de los reyes de Israel, descansa en silencio, poco preocupada por saber si ha nacido el Mesías.

II

De pronto nuestros viajeros se estremecen: José quiere torcer por otro lado, pero es tarde. Algunos esclavos con hachas encendidas y llevando una litera aparecen al opuesto extremo de la calle. La angostura de ésta y el súbito resplandor que la ilumina, hace imposible sustraerse á la vista de aquellos hombres.

—¿Quién va?—pregunta el que ocupa la litera asomándose á la portezuela.

El humilde carpintero, que reconoce en el interpelante á uno de los principales de la ciudad, inclínase sin decir palabra.

—Dime,—prosigue Sidrach con altivez—¿eres tú aquel José, hijo de Jacob y de Nathan, que no há mucho se decía descendiente de David?

—No os engaña vuestra vista; soy el mismo de quien habláis.

—¿Cómo—replica desdeñosamente el opulento sibarita—cómo pretende una avecilla ser de la familia del águila?

—Mi genealogía prueba que es legítimo el nombre que llevo.

—¿Pretenderás tú, por ventura, disputar el trono al rey Herodes?—exclama el de la litera soltando la carcajada.

—Dios—responde José—eleva y humilla á los hombres según le place. Él escogió á David mi padre de entre los pastores de Belén y le dió el trono de Saul, y podría muy bien, si lo quisiese, hacer un rey del pobre carpintero de Nazaret. Yo, por mi parte, prefiero mi pobreza y la oscuridad de mi estado á las riquezas, á los honores y á toda la magnificencia del rey Herodes.

Sidrach hace un afectado gesto de lástima.

—¿Y quién es esta mujer?

—Es mi esposa.

—¿Será tal vez la bella Miriam, de quien oí hablar en otro tiempo?

—No sé á quién os referís. Mi esposa es hija del gran sacerdote Joaquín, y de Ana, y también descende de los reyes de Israel.

—Muchos jóvenes se disputaron su mano.

—El Dios de David decidió en mi favor.

—Te felicito por ello.

—Que Jehová os bendiga, señor, pues para nosotros el tiempo es oro.

El rico y voluptuoso Sidrach tiéndese muellemente en la silla, y los esclavos prosiguen su marcha. «¿Por qué—pregúntase—este hombre se aleja de la ciudad antes que amanezca, como el ladrón que teme la llegada del dueño á quien ha despojado? Mal elegiría el tiempo si proyectase destronar á Herodes. Al presente este príncipe, apoyado por los romanos y sostenido por las tropas, nada tiene que temer. ¿No mandó degollar hace poco á los principales descendientes de David? Aun se me ha asegurado que intenta otro golpe por el estilo. Así este encuentro me puede ser útil y favorecer mi ambición. Los príncipes aman la lisonja. Herodes solo se muestra generoso á medias. Temblando en su trono usurpado, en todas partes ve conspiradores, y más seguros están sus animales domésticos que su propio hijo. Velemos, pues, y no despreciemos ocasión alguna favorable.

III

Sidrach acertaba. Herodes iba á llevar á cabo un proyecto largo tiempo meditado.

El nacimiento del Mesías le había sido revelado por el viaje de los Reyes Magos. Un tirano que ocupa un trono usurpado, tiembla siempre que oye hablar de un rey legítimo. Herodes quedó consternado, y desde luego buscó sobre quien descargar su cólera; mas á fin de asegurar mejor su sanguinario intento, fingió dar poca importancia á las revelaciones de los Magos.

—Id á adorarle—les dijo—y no se os olvide darme noticias suyas, pues también yo deseo ir á prestarle mis homenajes.

Viendo que no regresaban, aumentó su turbación y creció extraordinariamente su cólera y sus celos.

—¡Oh!—murmuraba en el secreto de su palacio—¿conque estos hombres me han engañado? No vuelven, é indudablemente no volverán. No satisfechos de insultarme hablando de adorar al rey de los judíos, burlanse de mí!... ¿En dónde está aquel que ha nacido rey de los judíos? ¡Yo, pues, no soy rey, verdadero rey de los judíos!... ¡Y hasta los extranjeros vienen á decírmelo en mi presencia!

Herodes permaneció algunos minutos pensativo, y luego, lanzando un grito salvaje, exclamó:

—¿Cuán torpe soy! Quién ha nacido rey de los judíos, ¿no es acaso mi propio hijo? ¡Que muera, pues! No estoy yo todavía aburrido de reinar.

Sus hijos Alejandro y Aristóbulo, que había tenido de la infeliz Mariana, son estrangulados pocos días después en la ciudad de Samaria. Pero este crimen inútil no dejó satisfecha la saña de aquel monstruo. Ocupado á la sazón en el empadronamiento de sus pueblos, espera descubrir por él quién es el Mesías.

Cuarenta días trascurren sin que al usurpador se le ofrezca ocasión de realizar sus planes de exterminio. Pasado este término, Jesús es presentado en el templo de Jerusalem en los brazos de su Madre, venida al mismo tiempo para la purificación legal. Simeon, miembro del gran Consejo, anciano á quien el mismo Herodes tiene en particular aprecio á causa de la consideración de que goza entre el pueblo, reconoce públicamente en el Hijo de María al Mesías esperado y le proclama verdadero rey de los judíos. También Ana, profetisa de la tribu de Azer, anciana de ochenta y cuatro años y conocida de todos en la ciudad, muestra á Jesús, exclamando que él es el deseado de las naciones y el que viene á librar á Israel de las cadenas de la esclavitud.

Desde entonces el nacimiento de Jesucristo no podía seguir ignorado, y á Herodes le es fácil apresurar la ejecución de sus designios. Dicta, pues, sus órdenes, y en el mismo instante en que José sale del pueblo de Belén por una puerta, penetra en él por otra una turba de malvados sombríos como la noche, é implacables como el infierno.

Gritos y aullidos salvajes saludan la primera luz del día. Los verdugos, que tienen orden de degollar á todos los niños de Belén y sus cercanías hasta la edad de dos años, espárcense por todas las calles. Ninguna casa se libra de su ciego furor.

Así en la morada del pobre, como en el suntuoso palacio del rico, la sangre corre copiosamente. La desesperación y desgarradores lamentos de las madres, ni los esfuerzos de los padres, pueden impedir caiga el cuchillo sobre las cabezas de tantos inocentes niños.

Sidrach, despertado sobresaltadamente por su esposa, en vano pretende salvar al tierno infante que ésta le presenta.

—¡Viles asesinos!—exclama fuera de sí—¿qué extraño furor os extravía? Tomad mis riquezas y llevadme cautivo, pero no toqueis á mi hijo único.

—¡Excusa palabras!—grita uno de los soldados, empujándole con su siniestra, tinta en sangre.—Danos este niño, ó mueres con él.

—¡Gracia para mi único hijo!

—No puede haber á un tiempo dos reyes de los judíos.

—¡Cielos! ¿Qué decis? ¿Un instante, uno solo! ¿Qué habláis de rey? ¿Es acaso un nieto de David á quien buscáis?

—Sí, sí—vociferan á una los soldados.

—¿Aquel á quien llaman el Mesías?

—El mismo.

—¿El hijo que José y Mariam presentaron hace poco al templo, y á quien Ana y Simeon proclamaron rey de los judíos?

—¿En donde está? Habla.

Veinte espadas amenazan á la vez al hijo de Sidrach, abrazado á su madre, que yace en el suelo sin sentido.

Los ojos del ruin fariseo brillan con secreta satisfacción, pues considera ya en salvo á su hijo y perdido al de José.

—¿En donde está?... Si os lo digo, ¿qué me dais?

—Te dejaremos á tu hijo; pero... habla pronto ó herimos.

—Y ¿qué más?... ¿me dais oro?

—Sí, también oro—murmura uno de los soldados.

—Pues bien; en este instante se le lleva á la ciudad de Hebron, sin duda para hacerle proclamar rey; pero su padre y su madre aun no pueden haber llegado allí.

—¡A caballo!—manda el jefe de los crueles satélites de Herodes.

Y antes que Sidrach, que se felicita de su traición, pueda adivinar sus intenciones, rápido como el pensamiento levanta la espada, y de un solo golpe deja al niño sin vida en el seno de su madre.

IV

José entre tanto no pierde el tiempo. Anda sin concederse reposo, ni siquiera tomar alimento.

El sol aparece brillante sobre las cimas de las montañas de Judá, iluminando los agrestes valles que se extienden hasta los famosos montes de Engaddi.

A fin de evitar algun desagradable encuentro, el santo Patriarca se desvía de las ciudades de Eitam y de Beraca, y no se detiene hasta llegar á una montaña más allá de esta última. Pudiendo en ella creerse en seguridad, concede algun descanso á la rendida cabalgadura.

Cerca de allí un soberbio olivo extiende sus ramas formando una tienda de verdor; debajo de ella siéntase María, y da de mamar al divino infante.

Desierto es el lugar y desnudo de vegetación; ningun otro árbol ni arbusto crece por aquellos contornos. Solo á la otra parte de un pequeño valle, y en una elevada eminencia, se divisa la ciudad de Beraca, rodeada de magníficos plátanos.

José vuelve la vista al camino, y se estremece.

Una multitud de gente armada á caballo acércase apresuradamente... algunos minutos más, y los fugitivos van á ser alcanzados.

—Nos persiguen—exclama José.—¿Qué hacer?

Al rededor no hay un solo lugar para esconderse, y falta tiempo para buscarle en otra parte.

A la exclamación de José, María levanta los ojos y observa á los ginetes; sin responder palabra dirige una mirada su tierno Hijo.

Este mueve sus manecitas hácia José, quien, inclinándose, le besa en la frente.

En el momento que recibe esta paternal caricia, Jesús mete su tierna mano en las alforjas y hace caer á la tierra algunos granos, que germinan al momento.

Entonces José espárcese precipitadamente todo el grano que llevaba, y sin inquietarse más, siéntase en una piedra al borde del camino á tiempo que llegan los ginetes.

—¿Qué haces aquí?—preguntale con arrogancia el jefe de la tropa.

—Ya lo ves, descanso.

—¿Encontraste á alguien en tu camino?

—A nadie.

—Mientes. Un hombre acompañado de una mujer llevando á su hijo, han pasado por aquí. ¿Los has visto?

—Sí, en efecto.

—¿Han pasado por aquí?

—Como lo dices.

—¿Hace mucho tiempo?

—Los vi la última vez cuando sembraba este campo de trigo.

El ginete observa á su izquierda trigo de una altura prodigiosa, cuyas espigas, casi sazonadas, ondulan graciosamente al soplo de una suave brisa.

—Viajero, tú te burlas de nosotros—dice el jefe fijando en su interlocutor un mirada amenazadora.

—No lo creáis; podéis estar cierto que os he dicho la verdad.

Hubo un momento de indecisión entre los soldados. Agrupados en torno de su capitán, hablan con calor todos á la vez. Este se decide por fin.

Los fugitivos habrán ido á esconderse á Etham. ¡En marcha! Y volviendo grupas, retroceden velozmente por el mismo camino que habían llegado.

Hé ahí cómo, sin faltar á la verdad, el Jefe de la Sagrada Familia la preservó de un gran peligro, desorientando á la vez á los sicarios que perseguían á Jesús.

(Las Misiones Católicas.)

VARIEDADES.

Documento ruidoso.

Tal vez hayan oído hablar nuestros lectores de la célebre pastoral del Sr. Obispo de Plasencia. Es un documento que ha hecho mucho ruido, sencillamente, porque dice la verdad clara á los que tal vez no quieren oirla.

Mas por lo mismo, es decir, porque habla claro, debemos leer esa clase de documentos todos los católicos sinceros. Y no solo leerlo nosotros, sino leerlo á nuestros hijos.

Ha llegado el momento de que se deslinden los campos. El antiguo sistema de *las dos luces* va de capa caída.

La revolución persigue á la Iglesia de un modo descarado, y la Iglesia es nuestra madre; no caben transacciones. El que no defiende á su madre no es buen hijo.

Las cosas han llegado al extremo.

O con la revolución, ó contra la revolución.

Ya no hay términos medios.

Ya no hay medias tintas.

Cuando la Iglesia estaba en el Tabor, los hombres de la tolerancia podían pasar por prudentes.

Hoy que está en el Pretorio, esos hombres se llaman **Pilatos**.

Consecuencia de la inobservancia del domingo.

El obrero que despreciando la ley de Dios no guarda el domingo, no va al templo, ni por consiguiente oye las saludables y moralizadoras enseñanzas que allí se dan; pronto olvida si algunas nociones aprendió sobre la religion cuando niño en la escuela; pierde las ideas y hábitos morales; su pensamiento no se ejercita sino sobre objetos bajos y groseros; su entendimiento se embrutece, su sensibilidad se embota; desaparece en él el sentimiento de la propia dignidad, y llega á apagarse la conciencia de los deberes y obligaciones morales. Apartado constantemente de su mujer y de sus hijos, obligado á permanecer en el taller ó en la fábrica, pierde los hábitos é instintos de familia, ni se cuida de la educación de ésta; su corazón se hace insensible, su carácter se exalta, vuélvese cruel y feroz; y, extraño completamente á la vida doméstica, su casa es la taberna, cuyo mostrador viene á constituir su única caja de ahorros. Es doloroso y desesperante ver á infelices artesanos, jóvenes, padres de familia, gastar en la taberna en disipaciones y borracheras el fruto del trabajo de la semana, y con él su fuerza y la savia de su corazón, mientras su mujer y sus hijos lloran y padecen hambre en el rincón de una bohardilla, ó en la lobreguez de una habitación baja, húmeda é insalubre.

LAS DOS HERMANAS.

ROMANCE ANTIGUO.

Santo Cristo de la Luz, enseñad la lengua mia, para que referir pueda lo que sucedió en Sevilla con una buena mujer la cual dos hijas tenía. Era la una muy humilde, era la otra muy altiva: se casan con dos hermanos que nada se parecían. El chico es un haragan que todo juega y venoia; el grande un trabajador que al arado se ponía. Llegan los años fatales, y el mas chico se moria; quedó su pobre viuda, muy triste, muy afligida, Los hijos le piden pan, y ella que no le tenía, se fué en ca de su hermana; de esta suerte le decía: «Por Dios te lo pido, hermana, «por Dios y Santa Maria, «que me des una limosna «que Dios te lo pagaría. «Anda, se la dijo, hermana, «anda, alejate, Maria; «cuando nos casamos ambas «no me dieron mejoría.» Se fué la hermana llorando muy triste, muy afligida; á los sollozos que daba acudieron las vecinas, le preguntaban que tiene; dice que nada tenía. Se ha encerrado en una sala do un oratorio tenía de la Virgen del Rosario

nuestra princesa Maria. Vamos ahora al cuñado que del arado venia; hallaba la mesa puesta, dice que comer queria. Tomó un pan y lo partió, halló que sangre vertia; soltó ese y tomó otro, lo mismo le sucedia. «¿Qué es aquesto, mi mujer? «¿Qué es aquesto, esposa mia! «Hazte cuenta, dijo esta, «que contario no que ia; «estuvo aqui esta mañana «Maria, la hermana mia; «me ha pedido una limosna «y yo se la negaria. «¿Quién niega el pan á una her- «ese entrañas no tenía; (mana «¿quién niega el pan á su her- «ese lo niega á Maria!» (mana, Agarró el mozo seis panes, en ca de la cuñada iba; halló las puertas cerradas, ventanas y celosias; vió por entre unos resquicios muchas luces encendidas, en torno de seis difuntos seis ángeles de rodillas; era su pobre cuñada y los hijos que tenía. «Adios, cuñada del alma, «con lágrimas le decía; «adios, cuñada del alma «y sobrinos de mi vida, «aunque oro tengo de sobra «con vosotros trocaria, «pues dejasteis los trabajos «por la eterna mejoría.»

El copon'de san Casimiro, en Polonia.

En 1343, san Casimiro, rey de Polonia, elevó un magnifico santuario, destinado á perpetuar el recuerdo de un milagro que acababa de verificarse á su vista, y que habia conmovido á todo el reino. Unos ladrones habian robado un copon que contenia las sagradas Especies. Como que el copon era de cobre dorado y no tenía por consiguiente el valor que ellos se habian figurado, arrojáronlo desechados en un pantano que se encontraba en su camino. Inmediatamente se incendió el pantano, y ardientes llamas le iluminaron incesantemente. El Obispo del lugar, desconociendo la causa de aquel prodigio y creyendo ver en él una amenaza del cielo, ordenó un ayuno de tres dias. Despues habiéndose trasladado procesionalmente al paraje del misterioso incendio, hizo oracion, y no tardó en divisar el santo copon que era su causa sobrenatural. Devolviólo con grandes demostraciones de respeto al lugar de donde lo habian sustraído los ladrones, y el piadoso Rey de Polonia construyó con esta ocasion el santuario de que hemos hecho mencion y donde se conservan las sumarias auténticas del milagro.

¡Si lo hiciésemos abogado!

Un dia decía Salvador á su mujer:

—Anita, estoy apesadumbrado.

—¿Qué tienes?

—Gil ya es grandecito: no sé qué hacerme de él... como hemos ahorrado bastante, gracias á Dios no lo pasamos mal. Pues bien, ahora, aunque fuese escatimándonos, podríamos darle una carrera. ¿Te gustaria que fuese notario en lugar de labrador?

—Bien; pero me agradaria más que fuese cura.

—Y seria un muerto de hambre, ¿no es verdad? Créeme, Anita, caso de conciencia seria para nosotros, si lo hiciésemos lo que tú dices. Siendo abogado sí que podrá ganarse bien la vida. Es una carrera que produce mucho dinero. ¡Son tantos los que pleitean! Y... nuestro Gil es listo, y nada corto de lengua. Es muy tozudo, y nadie lo sacaria de sus trece.

—Tienes razon, dijo la madre; tendremos un abogado en casa, y no seremos unos muertos de hambre.

Dicho y hecho. Gil, desde el siguiente dia, empezó á bregar con los bancos de la escuela; ocho años seguidos estuvo masticando gramática latina, geografía, álgebra y filosofía. Cuando supo que dos y tres son cinco; que Rosa significa la Rosa... con un baño de prosa y verso, volvió á la casa paterna. Sus pobrecitos padres lo pasaban muy mal para que él pudiese tener carrera. Salvador iba á la labranza, y nuestro presumido se perfumaba unos seis ó siete pelos que

tenia en el bigote; siempre llevaba el sombrero de medio lado, y hacia el amor a todas las niñas. Mas ¡ah! entonces Gil todavia no era abogado.

Se volvió á Paris... otro sacrificio. Bah, si trabajais, buenos padres, tened paciencia, vuestro hijo hace lo mismo. Estudia todos los códigos, y... baila la polka. Cada quince dias llegaba una carta de Paris que decía: Soy muy buen chico... enviadme dinero; y entonces el bueno del padre, pudiendo ó sin poder, hacia otro sacrificio. Poco á poco todo se fué vendiendo. Primero una viña muy hermosa; despues un prado. ¡Despues un moreral! ¡Basta! Ya nada les quedaba, como no fuesen los ojos para llorarlos.

—Y bien, decía Ana, ¿no te lo dije, Salvador?

—¿Por qué lloras, tonta? Tendremos un abogado en casa. Mujer, tendrás una carrera que vale mucho: ¡son tantos los que pleitean!... Y Gil ¿qué hacia? Bailaba la polka.

Estuvieron esperándole mucho tiempo; supieron que ensuciaba papel. Al cabo y al fin marido y mujer, pobres como Job, con los ojos llenos de lágrimas y la agonía en el corazon, abandonaron la villa. ¡Pobrecilla! Ana murió en el hospital. El abogado se suicidó... El desgraciado Salvador, con el zurron a la espalda y un palo en la mano, decía en cada puerta, al pedir limosna...

—No hagais á los hijos mas de lo que son sus padres.

Lo que desea la caridad.

Un periódico de Roma publica lo siguiente de una carta de Francia:

«...Oid una historia edificante y digna de re'atarse al Padre Santo. Las religiosas están encargadas aquí (suprimimos el nombre de la poblacion) del hospicio del departamento.

«Nuestro prefecto, hombre honrado, pero cristiano á medias, visita muchas veces este hospicio, pregunta á los enfermos, y se complace mucho en practicar esta buena obra. Cierta dia que se hallaba en el locutorio con la superiora, entró una religiosa joven, llevando en la mano una carta que iba á entregar á la superiora. Al ver al prefecto iba á retirarse.

«—Entre V., Hermana, dijo el prefecto, ¿cómo se llama V.?

«—Hermana Leocadia, respondió la buena religiosa.

«—¿En qué departamento está V.?

«—En la sala de los tíñosos.

«Al oír estas palabras, el prefecto exclamó con tono compasivo:

«—¡Ah! ¡pobre Hermana! al menos tomará V, precauciones para curar unas cabezas tan asquerosas. Usará V guantes...

«—No, señor prefecto, me sirvo de mis manos, como las veis ahora, y cuando se ha concluido la cura, me las lavo en agua clara.

«—Pero, Hermana Leocadia, ¡V. va á contraer la tiña!

«Volviendo luego el prefecto a declarar su compasion, añadió:

«—Hermana, ¿es V. feliz? Hable con franqueza; pídamelo que quiera, y se lo concederé...

«—Pues bien, señor prefecto, yo no soy feliz, y V. puede hacer algo por mí. En la sala que está á mi cuidado no tengo más que veinticinco tíñosos, y yo tengo suficiente robustez para cuidar de cincuenta. Podria V. dirigir una circular á los alcades de los pueblos para que me envíesen tíñosos.

«El prefecto se levantó estupefacto, diciendo:

«—Tendrá V. la circular, Hermana, tendrá V. la circular.

«Y al marcharse decía:

«—He ofrecido á una religiosa darle lo que quisiera pedirme, ¡y me ha pedido tíñosos!»

Tales riquezas anhela la caridad acendrada: las riquezas espirituales, las riquezas del cielo.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague mas facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion dá derecho a recibir cien ejemplares de cada numero ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

	Peninsula.	America.
Una accion.	½ pesetas mensuales.	5
Media id.	2 » »	2 50
Un cuarto id.	1 » »	1 25
Un octavo id.	50 cents. »	

Por medio de correspondencia 25 cént. de peseta mas por accion.

Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 5, bajo; y en todas las librerías católicas de la Peninsula y Ultramar.